

BRENDA RICKMAN VANTREASE

# El maestro iluminador



En la Inglaterra de 1379, el acceso a la Biblia es imposible para el común de los mortales. La Iglesia, en su afán por mantener su influencia sobre la sociedad, impide que se hagan traducciones de las Santas Escrituras al inglés. Pero los primeros movimientos reformistas ya se hacen notar y el teólogo John Wycliffe no duda en enfrentarse al intolerante obispo de Norwich, Henry Despenser y traduce por su cuenta la Biblia para hacerla accesible al mayor número de creyentes posible. Para ilustrar esta Biblia llega a la ciudad el famoso maestro iluminador Finn, que se instala con su hija en casa de lady Kathryn, viuda de un noble favorable al movimiento reformista, y pronto surgirá algo más que amistad entre estos dos apasionados defensores de las libertades en tiempos tan difíciles.

*Para Barney y Arlene*

## PRÓLOGO

Oxford, Inglaterra

1379

John Wycliffe dejó la pluma y se frotó los ojos. La vela casi consumida despedía volutas de humo. Ardería sólo unos minutos más, y era la última. No era aún mediados de mes y ya había agotado su cupo. Como director del Balliol College, de la Universidad de Oxford, le asignaban la cantidad que se consideraba suficiente para la mayoría de los clérigos, teniendo en cuenta que trabajaban de día y dormían de noche. Pero Wycliffe apenas dormía en las horas nocturnas. Su firme determinación lo sacaba de la cama temprano y lo mantenía alejado de ella hasta muy tarde.

El resplandor anaranjado del brasero de carbón no lograba disipar las sombras del crepúsculo, cada vez más densas en los rincones de sus espartanos aposentos. La vela chisporroteaba y parpadeaba. La muchacha no tardaría en llegar. La enviaría a la cerería, pagando de su propio bolsillo. No quería llamar la atención sobre su trabajo mendigando más velas al administrador o pidiéndolas prestadas a sus colegas.

Al menos, el retraso de la criada le concedía un muy necesario descanso. Tenía agarrotada la mano de sostener las plumas. Le dolía la cabeza de forzar la vista en la tenue luz, y estaba todo entumecido después de tantas horas inclinado sobre su escritorio. Hasta el espíritu se le había agotado. Como siempre cuando le sobrevení­a el cansancio, empezó a poner en duda su misión. ¿Podía ser el orgullo, la

arrogancia intelectual, y no Dios, lo que lo impulsaba a realizar una tarea tan colosal? ¿O eran simplemente las intrigas del duque de Lancaster las que lo habían empujado a recorrer ese arriesgado camino? El duque estaba a punto de hacerse con un reino y no sentía el menor deseo de compartir su riqueza con una Iglesia avariciosa. Pero aceptar el mecenazgo de semejante hombre no constituía ningún pecado, razonó Wycliffe, no cuando juntos podían acabar con la tiranía de sacerdotes, obispos y arzobispos. Juan de Gante, el duque de Lancaster, lo haría en beneficio propio; pero John Wycliffe lo haría para salvar el alma de Inglaterra.

La muerte del rey Eduardo había sido una bendición, a pesar de los conflictos políticos surgidos entre los tíos del nuevo rey, aún menor de edad. Un exceso de lascivia se había arremolinado en torno a Eduardo y la mancha del pecado corrompía su corte. Tenía trato con su amante, Alice Perrers, sin el menor recato; corría el rumor de que era una mujer de gran belleza, pero Wycliffe la consideraba un instrumento del demonio. ¿Qué artes de hechicería había practicado esa bruja maquinadora para conquistar el alma del rey? Al menos, con la muerte de Eduardo, Alice Perrers había tenido que abandonar el albañal que fue la corte. Ahora Juan de Gante era regente. Y Juan de Gante estaba de su lado.

De momento.

Wycliffe apartó la silla del escritorio. Se acercó a la ventana que daba a Oxford. Abajo se oyeron las voces de los parranderos, estudiantes que, pese a llevar ya demasiada cerveza en el cuerpo, iban todavía a por más. Wycliffe no se explicaba de dónde sacaban el dinero para ese suministro inagotable. Suponía que bebían la más barata, los últimos restos, aunque se necesitaba más de lo que cabría en el estómago de un hombre obeso para producir semejante exceso de euforia. Por un momento casi envidió su inocencia, su licenciosa alegría, su extraña falta de voluntad.

La chica debía de estar al llegar. Ya llevaba una hora de retraso. Se dio cuenta por el color añil oscuro reflejado en la ventana: una ventana con cristal para honrar su cargo. En ese rato habría podido traducir dos páginas enteras de la Vulgata: dos páginas más para añadir al paquete que saldría hacia East Anglia al día siguiente. Estaba satisfecho con el trabajo del iluminador. Sin pecar de recargado, era hermoso, digno del texto. Cuánto detestaba aquellas grotescas ornamentaciones profanas insertadas por diversión en los márgenes —bestias, aves y bufones—, los colores ostentosos, la exuberancia del gremio de París. Además, este iluminador cobraba menos que los maestros parisinos y, según el duque, podía confiarse en su discreción.

Abajo se oyeron voces, risas, el fragmento de una canción, pero se apagaron gradualmente. Sin duda la muchacha no tardaría en llegar. Esa noche debía seguir traduciendo. Iba por la mitad del Evangelio según san Juan. Las sombras se agitaban en la habitación. Se le cerraban los ojos.

Jesús se había enfrentado a los sacerdotes del templo. Wycliffe podía enfrentarse a un papa. O a dos.

En el brasero, las ascuas de carbón se reacomodaron, susurrándole: «Las almas perecen mientras tú pierdes el tiempo». Se adormiló ante las brasas resplandecientes.

Joan sabía que llegaba tarde mientras corría escaleras arriba hacia los aposentos de maese Wycliffe. Esperaba que estuviese tan absorto en su texto que no se diera cuenta, pero no había visto la luz de la vela desde la ventana. A veces apenas se percataba de su presencia mientras ella recogía la ropa sucia, barría el suelo, vaciaba el orinal. Pero con su mala suerte seguro que ese día precisamente lo encontraba de un humor extraño, como ocurría a veces, y le preguntaba por su familia, qué hacían los domingos, si alguno de ellos sabía leer...

No era que le molestase su curiosidad —pese a sus modales abruptos tenía una mirada bondadosa, y cuando la

llamaba «niña» le recordaba a su padre, muerto el año anterior—, pero en ese momento no deseaba hablar con él. Estaba segura de que no podría contener el llanto. Además, él no aprobaría aquello, pensó, toqueteando la reliquia. La llevaba colgada de una cinta prendida del cordel de cáñamo que le ceñía la cintura como un rosario.

Se alisó el pelo suelto bajo la raída gorra de hilo, respiró hondo y llamó suavemente a la puerta de roble. Al no oír respuesta, volvió a golpear, esta vez más fuerte, y se aclaró la garganta.

—Maese Wycliffe, soy yo, Joan. Vengo a limpiar vuestra habitación.

Probó con el picaporte de la puerta y, al ver que no estaba atrancada, la abrió un poco.

—¿Maese Wycliffe?

En la penumbra interior, él dijo con brusquedad:

—Pasa, niña. Llegas tarde. Perdemos tiempo.

—Lo siento, maese Wycliffe. Pero ha sido por mi madre. Es que está muy enferma, y sólo estoy yo para ocuparme de los pequeños.

Él la observó ir de un lado a otro de la habitación encendiendo las velas provisionales de médula de junco, cuyas llamas parpadearon mientras abría la ventana y tiraba el contenido del orinal. Recogió la ropa sucia e hizo un fardo, consciente de la mirada de su señor sobre ella. Nunca tocaba los papeles del escritorio. Eso lo había aprendido por el camino difícil.

—¿Os pongo una vela nueva, señor?

—No, no me quedan más. Por eso te estaba esperando, para que fueras a comprar.

—Disculpadme. Iré ahora mismo.

Joan confiaba en que no informase de su retraso. Sabía Dios cuándo se recuperaría su madre lo suficiente para seguir con su trabajo de sirvienta. Wycliffe, sentado ante la ventana, se volvió hacia ella y levantó la mano para detenerla.

—¿Dices que tu madre está enferma?

—Tiene mucha fiebre. —Contuvo las lágrimas e, incapaz de reprimirse, reconoció—: He ido a la iglesia de Santa Ana para pedirle al sacerdote que rece por ella.

Wycliffe apretó los labios, que formaron una tensa línea por encima del vello gris de su barba.

—Las oraciones del sacerdote no sirven más que las tuyas. Puede que incluso sirvan menos. Es posible que las tuyas procedan de un corazón más puro.

Levantándose, se cernió sobre ella, austero con su sencilla túnica y su gorro de lana, tan estrecho que apenas le cubría el pelo cano que le caía sobre los hombros y se confundía con la barba.

—¿Qué es eso que llevas colgado del cinturón? —preguntó.

—¿Del cinturón, señor?

—Debajo del brazo. Eso que llama la atención precisamente porque intentas ocultarlo.

—¿Esto, señor? —Cogió el objeto en cuestión. Sintió que le ardía la cara. ¿Por qué la mirada penetrante de Wycliffe le despertaba dudas acerca de algo que hacía menos de una hora le había parecido correcto?—. Es una reliquia sagrada —contestó, agachando la cabeza—. Un hueso del dedo de santa Ana. Debo sostenerlo mientras rezo el padre nuestro. Me lo ha dado el cura.

—Ya veo. ¿Y tú qué le has dado a él?

—Una moneda de seis peniques, maese Wycliffe.

—Una moneda de seis peniques... —repitió él con un suspiro, asintiendo con la cabeza, y añadió—: Una moneda de seis peniques de tu sueldo. —Tendió la mano—. ¿Me permites ver esa reliquia «sagrada»?

Joan desató torpemente la cinta prendida de su cinturón y le entregó la reliquia. Él la examinó, frotándola entre el pulgar y el índice.

—Es muy blando para ser un hueso —comentó.

—El sacerdote ha dicho que eso se debe a la dulzura de santa Ana.

Wycliffe lo sopesó. La cinta escarlata caía como sangre entre sus dedos.

—Es cartílago de cerdo. No beneficiará en nada a tu madre enferma.

—¿Cartílago? —A Joan se le trabó la lengua al pronunciar esa palabra desconocida para ella.

—Ternilla. Es lo que forma la oreja, la cola o el hocico de un cerdo.

¿Ternilla? ¿El sacerdote le había dado una oreja de cerdo para ayudarla en sus oraciones? Le había dicho que se lo dejaba muy barato por caridad cristiana, que le habría costado mucho más. ¿Ternilla de cerdo para su madre? No pudo contener las lágrimas, que habían estado acumulándose en su interior todo el día.

Y ahora, ¿qué podía hacer?

Él le dio su pañuelo limpio y planchado, un pañuelo que ella reconoció de la colada de la semana anterior.

—Escúchame bien, niña. No necesitas la reliquia de una santa. No necesitas un sacerdote. Tú misma puedes rezar por tu madre. Tú misma puedes confesar tus pecados directamente a Dios. Tú misma puedes rezar por tu madre en nombre del Señor. Nuestro Padre que está en los cielos te escuchará si tu corazón es puro. Y luego, después de haber rezado, vete al boticario y compra un remedio para curarle la fiebre.

—No tengo dinero para remedios —dijo entre sollozos.

—Yo te pagaré la reliquia.

Mientras ella se enjugaba los ojos con el ya empapado pañuelo, Wycliffe se acercó a la mesa, donde tenía la bolsa. La cogió y sacó un chelín.

—Toma. Si te sobra algo después de comprar el remedio, gástalo en un pollo para prepararle un caldo a tu madre.

—Maese Wycliffe, no sé cómo agradecerérselo...

—No debes agradecerme nada, niña. Es lo mínimo que debe hacer tu Iglesia por ti: no robarte. Sólo te devuelvo lo que te pertenece. —Desató el objeto y le dio una palmada en la mano a Joan—. Yo me quedaré con la reliquia. Tú coge la cinta. —Sonrió, y sus severas facciones se suavizaron—. Te quedará muy bien en el pelo.

En medio del alivio, Joan sintió el impulso de abrazarlo, pero la dignidad de él se lo impidió. En lugar de eso, hizo una profunda reverencia.

—Date prisa, antes de que el boticario de King's Lane cierre por esta noche. Vete. Rezaré por tu madre. Y no te costará nada.

Wycliffe no se acordó de las velas hasta que la muchacha se hubo marchado. Tendría que ir él mismo a buscarlas. Pero la noche todavía era joven. Podía traducir varias páginas antes de que lo venciera el cansancio y empezara a cometer errores. Aquel breve sueño lo había revitalizado, y lo que acababa de suceder había contribuido a aumentar su determinación. Cerró la puerta con llave —quién sabía qué miradas curiosas podían rondar por allí—, bajó a toda prisa por la escalera y salió a la calle en busca de luz.

## I

Norwich, East Anglia  
Junio de 1379

Una. Dos. Tres. ¿Cuántas campanadas? El enano Medio Tom, sin resuello, se dirigía hacia el mercado de Norwich al tiempo que miraba el sol con los ojos entrecerrados y contaba. Doce toques de campana anunciaban a los monjes la sexta. Se los imaginó con sus hábitos negros camino de las oraciones del mediodía, en silencio, las manos metidas en las mangas opuestas, de dos en dos; una larga fila que serpenteaba quedamente por el sendero del claustro, como las anguilas que se abrían paso entre las aguas cenagosas del pantano donde él vivía. No cambiaría su propio santuario verde de sauces y juncos por todas aquellas magníficas y frías piedras.

El camino estaba polvoriento y el sol le abrasaba la espalda.

Apretó el paso. Si no espabilaba, el mercado del jueves cerraría antes de que él llegara. El día de Tor[1]: así lo llamaba Medio Tom. Le gustaban los nombres antiguos ensalzados en las historias que había oído de niño, de los tiempos en que los daneses y el buen rey Alfredo se disputaban el dominio de Anglia. Relatos cruentos, algunos, pero repletos de hombres valientes. Héroes, todos ellos. Audaces, fuertes y altos.

Medio Tom nunca había conocido a un héroe de verdad.

Según los monjes, existían sólo en los cantos de los viejos bardos. Si los había, no era desde luego en la Inglaterra de Eduardo III. ¿Seguía Eduardo en el trono? Lo preguntaría en el mercado.

Más campanas. Sus estentóreos badajos, estridentes como niños reclamando atención, respondían a las campanas principales de la catedral. Tras las murallas de la ciudad había iglesias por todas partes, construidas por comerciantes laneros con dinero procedente de Flandes. ¿Sobornos a Dios o monumentos al orgullo? Medio Tom pensaba a veces que si el condado de Norfolk tuviese tantas almas santas como iglesias, vería más el cielo y menos el infierno. Sin embargo, sólo conocía un alma santa —sólo una— y no era un héroe, sino una mujer. Había planeado ir a verla ese día, pero andaría escaso de tiempo.

Había salido de los pantanos al rayar el alba con los cestos de mimbre a la espalda y había padecido el habitual acoso de peregrinos, ladrones y mendigos en el camino surcado de roderas de Saint Edmund a Norwich. Había exigido un esfuerzo a sus piernas pequeñas y robustas para llegar al mercado semanal antes del mediodía. Las tenía acalambradas en señal de protesta. Le dolían los hombros de acarrear el voluminoso bulto y tenía el ingenio agotado de tanto lidiar con siervos fugitivos y peones que se entretenían acosando a un enano para romper el aburrimiento de su viaje. Un pasatiempo para ellos. Un peligro para él. Ya había entregado dos anguilas y un cesto de cuello alargado con tapa a unos bribones empeñados en usarlo a él como balón.

El pesado bulto que llevaba a hombros se sacudía a cada paso y le rozaba la piel bajo el jubón. Le ardían los ojos a causa del sudor. No vio la cerda y su cría que obstruían el camino hasta que la bestia soltó un gruñido de advertencia. Cuando Medio Tom se apartó de un brinco para evitar este último obstáculo entre él y las puertas de la ciudad, el bulto

se ladeó, se rompió la correa y cayó al suelo. El contenido se desparramó por el barro.

—¡Al diablo con el obispo y todos sus cerdos! —maldijo.

La cerda resopló y, agitando el morro, le enseñó los incisivos. Una expresión ceñuda alteró el rostro redondo del enano, que lanzó una patada al aire y se detuvo justo antes de alcanzar el cuarto trasero del animal.

Medio Tom estaba furioso, pero no era tonto.

La cerda, al intentar levantarse, aplastó un gran cesto circular. El enano maldijo de nuevo al oír que se partía el mimbre. El trabajo de una semana destrozado bajo el vientre de una cerda. Toda una semana recogiendo y pelando varas de mimbre, tejiéndolas con delicadeza, con pericia, a pesar de sus torpes manos, para hacer los elegantes cestos de cuello alargado con que atraparía a las anguilas o que cambiaría por una pieza de tela, un saco de harina o, si el día era propicio, una pinta de cerveza. Vanas ilusiones. Con suerte rescataría suficiente género para comprar media ración de harina.

Lanzó un escupitajo a la abominable bestia.

Maldita cerda —era la cerda del obispo, sin duda; lo supo por la muesca en la oreja—, cavando un apestoso agujero allí mismo, en medio del camino principal que conducía a la tercera ciudad más grande de Inglaterra. Revolcándose en sus propios excrementos, viviendo de las sobras de la nobleza y atiborrándose de lo que habría servido de sustento a la progenie de un jornalero durante un mes. Las orejas caídas, de contorno gris claro, se mofaban de él: la sucia mitra de un obispo.

A Medio Tom le rugió el estómago de frustración. El trozo de pan con grasa que había comido antes del amanecer había desaparecido hacía tiempo. Pensó en el estilete que llevaba en la bota y miró a la cría de la cerda. ¿Qué importaba si era propiedad de la Iglesia? Mucha gente opinaba que la Iglesia tenía demasiadas propiedades. Mucha gente

sostenía que un hombre podía rezar por su cuenta, que no necesitaba a un sacerdote. Herejía, lo llamaban otros. Pero Medio Tom reconocía una cosa: podía bendecir un plato de cerdo asado tan bien como un hombre más alto que él, tanto si era benedictino como franciscano.

Además, ¿acaso el obispo no estaba en deuda con él por los cestos rotos?

Se enjugó la frente con la manga hecha jirones del jubón y echó una ojeada alrededor. El camino estaba desierto —hasta los mendigos lo habían abandonado para ir al mercado de la ciudad—, salvo por un jinete solitario que se acercaba por el sur. Una simple mancha en el horizonte. Demasiado lejos para ver nada si Medio Tom actuaba con rapidez. Unos oportunos arbustos lo ocultaban de cualquiera que entrase o saliese por la puerta de la ciudad. Detrás de él había la choza de un labrador, pero no se advertía la menor señal de vida, excepto una niña, demasiado pequeña para ser testigo, que jugaba con una gallina en la puerta.

Aun así, robar la cerda del obispo... Sería como cazar furtivamente los ciervos del rey. Como mínimo le caería una temporada en el cepo: castigo especialmente doloroso para un enano, que atraía a más torturadores que los que de por sí acudían. Tal vez incluso la horca si lo pillaban con las manos en la masa.

Se tiró de los ralos pelos de la barbilla. La mancha en el horizonte iba cobrando la forma de un caballo y su jinete.

Maldiciendo en voz alta, lanzó otra patada al aire, pero esta vez su zueco de madera alcanzó el flanco de la cerda, y no suavemente, aunque tampoco con fuerza suficiente para satisfacer su malhumor. La cerda se levantó. Medio Tom, abstraído ya en el inventario de sus bienes dañados, no se fijó en ella.

Tampoco se fijó en la niña que, con andar vacilante, cruzaba el umbral de la choza y se dirigía hacia el borde del camino. Por lo general, Medio Tom se llevaba bien con los

niños, a quienes atraía por su tamaño infantil; no con los mayores, esos de rostro granujiento que lo atormentaban, sino con los pequeños. Incluso había llegado a hurgar en su menguada bolsa en busca de un penique para comprarles algún que otro confite de ciruela. Pero en ese momento estaba demasiado distraído por la ira y por la tentación para prestar atención a aquel querubín rubio que lo observaba con sus grandes ojos redondos.

La cría de la cerda —probablemente la menor de la camada, pues Medio Tom no vio a las demás— se levantó y, chillando indignada por la repentina interrupción de su comida, siguió a la madre. Cuando Medio Tom alzó la vista, vio a la niña tender la mano regordeta hacia el cerdito. Le agarró el tentador rabo ensortijado y, sujetándolo con el puño, tiró de él. El chillido del animal se convirtió en un agudo quejido. La niña se rió y tiró más fuerte.

—¡Suelta la cola de ese cerdo! —gritó Medio Tom, dejando un cesto en el suelo—. No...

Pero la cría ya había llamado la atención de su madre con sus quejidos. Ésta se dirigió hacia la niña risueña con toda la determinación de que era capaz una cerda de quinientos kilos. Sus gruñidos de advertencia se sumaron a los chillidos de la cría. Aun así, la pequeña no soltó la cola, pero al ver al animal furioso su risa se convirtió en un gimoteo. Petrificada, siguió aferrada tercamente al rabo del lechón.

La cerda arremetió.

Los gritos de la niña se confundieron con los gruñidos de la cerda mientras ésta derribaba a su presa y la atacaba. A sabiendas de que su cría estaba a salvo —o tal vez olvidándola ante la perspectiva de un festín inesperado y tan tierno—, la cerda, resoplando y babeando, empezó a morder la pierna de la niña.

Medio Tom saltó sobre el lomo del animal, pero habría conseguido mayor efecto una mosca en la ijada de un caballo. Los lamentos de la niña se convirtieron en gritos des-